

L'usage de tout système électronique ou informatique est interdit dans cette épreuve

*Traduire en français le texte ci-dessous.*

### **Los que nunca piden nada**

Pese a nacer en Madrid y nunca pisar mucho el campo, recuerdo que, de niño, la presencia de los animales era tan natural y frecuente que se daba por descontada: formaban parte del paisaje, incluso del urbano. No sólo se veían por la capital caballos, burros y mulas tirando de carros o a veces montados, sino que guardo memoria de haber espiado vaquerías en Chamberí, mi muy céntrico barrio : instaladas en los sótanos; las ventilaban unos ventanucos con rejillas a ras de la acera, de modo que un niño de tres o cuatro años no había de inclinarse siquiera para contemplar desde su estatura las vacas prisioneras, incongruentes de tan ciudadanas pero entonces no sorprendentes; es más, uno reconocía su olor desde casi la anterior manzana, y no era desagradable aunque sí fuerte. Aparte de con esas bestias mayores y con pájaros, era habitual cruzarse con perros y gatos callejeros, sin presentes ni pasados dueños, los primeros errabundos y los segundos agazapados en los huecos de las alcantarillas, las esquinas de los portales cerrados o los tejados inacabables.

Supongo que era todo insalubre, y esta mera rememoración mía tal vez ponga los pelos de punta a los vehementes defensores de los animales, que hoy abundan. Seguro que los caballos y burros de entonces llevaban muy mala vida ; los perros y gatos vagabundos se las verían y desearían para atravesar cada jornada famélica sin bastonazos. Pero muchos ya habían nacido en la calle y se desenvolvían en ella con más o menos astucia, ni siquiera los humanos echamos en falta lo que nunca hemos probado.

Nuestra sociedad alardea de que todo eso haya acabado. La disparatada expresión «derechos de los animales» se ha hecho moneda corriente pese a su sinsentido, pues ellos no pueden tener derechos como tampoco deberes. ¿Se imaginan a un periquito o a un mono multados por faltar a éstos o infringir algunas leyes? ¿Y cómo se los pondría al tanto de los unos y las otras?

De un lado hay una especie de beatería o sacralización de las bestias. Pero a la vez hay lo contrario. No me refiero ya a los caso más sádicos, sino al ánimo displicente y despiadado de tantísimos españoles que se juzgarán decentes y hasta humanitarios en el conjunto de sus vidas. Son quienes al llegar agosto no han dudado en abandonar a su suerte a un tercio de los perros regalados en nuestro país durante las últimas Navidades, unos treinta y cinco mil sumaban. Yo encuentro a esa gente mucho más despreciable que a cualquier antiguo carretero urbano, porque éste, al fin y al cabo, maltrataba a sus animales con un objetivo: que cumplieran con su función asignada. Por supuesto era una relación amo-esclavo y tal vez lo que se ha perdido es la naturalidad en el trato con esos seres. No se los veneraba ni humanizaba en modo alguno, pero tampoco era imaginable verlos como a juguetes de plástico que se tiran y que carecen de expectativas. Los animales las tienen, por elementales e inmediatas que sean, y lo que jamás puede hacerse es creárselas con nuestra puerta abierta, para después defraudárselas y echarlos a la carretera.

Javier Marías, El País, 14/09/03